

un éxtasis y raptó altísimo; y estando así, en punto de la media noche, nos dió la eterna luz para nuestro remedio, pariendo al Unigénito del Padre hecho hombre, sin lesión de su virginal pureza. Salió, pues, del gremio virginal, como el sol de la resplandeciente estrella; y como tal, despedía tanta claridad, que parecia se había vuelto claro día la noche oscura. A este tiempo puedes entender, que volvió el señor San Josef con la lumbre y leña que pudo hallar; y abortó con la claridad, llegándose cerca, vió al Sol en los brazos de la Aurora, á JESUS en los brazos de MARIA santísima: siente una fragancia y suavidad excesiva, un gozo y alegría inefable; y postrado en tierra, lleno de regocijo el corazón, y de júbilos divinos el alma, adoró con profundísima reverencia á Dios humanado.

121. Considera mas en este divino parto lo que fué revelado á santa Brígida,* y lo escribe la Santa con estas palabras: entónces la Virgen puesta de rodillas con grande reverencia, vuelto al oriente el semblante, elevadas las manos, y puestos en el cielo los ojos, se entregó á la oracion, para que orando pariese al que había concebido en la oracion, y estando suspensa y estática en altísima contemplacion, embriagada su alma con la abundancia de divina y soberana dulzura, entónces en un momento parió á su Hijo bendito. Este es el modo cómo nació nuestro divino Redentor; y ahora falta saber, si naciendo cayó en tierra ó no: y así aunque algunos dicen que sí; el cardenal Cayetano† dice que no; porque al nacer el Señor concurrieron los ángeles, y le recibieron en sus manos, segun lo había contado David,‡ que mandó el Señor á sus ángeles, que le cogiesen en sus manos, y le recibiesen porque no se lastimase cayendo; y de las manos de los ángeles le recibió en las suyas María soberana. Ahora puedes tú preguntar á este Señor, que puesto que tantas veces había de permitir que le derribasen en la tierra sus enemigos en el discurso de su pasion: puesto que el mismo Señor se había de postrar en ella tantas veces orando, y muchas descansando; porque, como dijo, no tenia en qué reclinar la cabeza, y mal tendria colchon quien ni almohada tenia, y así se cree que su cama era la tierra: ¿cómo ahora rehusa la tierra al salir del vientre santísimo de su Madre?

* Cap. 8. de Vit. Christ.
‡ Psalm xc. 11.

† In 3. p. D. Thom. q. 35. art. 6.

Pero ya se viene la razon á los ojos. Nace Hijo de María santísima; ¿pues cómo había de caer en tierra al nacer? Del gremio de esta Señora salir, y caer, eso no; que ninguno hasta hoy se ha visto caer estando á su proteccion y amparo: ninguno que sea hijo de esta Señora ha de experimentar esas fatalidades; porque como dijo el Espíritu Santo,* y explica San Alberto Magno:† todos aquellos que se egercitan en sus alabanzas, y encaminan los pasos á sus caminos, y á los de su Hijo santísimo, aunque caigan, no se maltratan; porque esta Señora y Madre de misericordia los recibe en su mano, poniéndola debajo para sustentarlos. Estos son los devotos hijos de esta piadosísima Madre. Al Hijo de sus entrañas acuden los ángeles á sustentarle con sus manos, para que no se lastime cayendo, y á los hijos de su adopcion acude María santísima con las suyas. ¡Mira qué amor! ¡Mira qué Madre, pues no tiene asco de tales hijos! Bendíganle eternamente todas las criaturas.

122. Considera en este admirable parto la pureza virginal de Maria santísima, ántes del parto, y despues del parto, y siempre perpetua Virgen, como lo dijo Isaías:‡ concebirá y parirá una Virgen á un Hijo; y Ezequiel dijo: el claustro de su virginal pureza estará siempre cerrado, porque el Señor Dios de Israel se penetró por él: y penetrándose, dijo San Amadeo,§ la dejó como sol, que se penetra por el cristal, que lo deja mas hermoso y resplandeciente de lo que estaba; así este divino Sol, penetrándose, salió del vientre virginal, dejándole con nuevos realces y resplandores de inmensa pureza y hermosura.

123. Considera cómo no solo parió sin lesión de su pureza, sino tambien sin dolor; y no solo sin dolor, sino tambien con inefable gozo, como asimismo lo profetizó Isaías:¶ florecerá como azucena, se gozará llena de júbilos, de gozo y alegría. Y aunque así convenia al parto de la luz alegrar y llenar de hermosura al oriente; no obstante todo eso dan otras razones los santos. San Juan Damasceno¶ dice, que porque nuestra Reyna no tuvo deleite al concebir, por eso no tuvo dolor al parir. Son los dolores hijos de los deleites: no precedió deleite, y así no se siguió el dolor. Por eso Ar-

* Psalm xxxvi. 34.

‡ Isai. vii. 14. Ezech. xlv. 2.

¶ Isai. xxxv. 1, 2. & lxvi. 7.

† De Laud. Virg. lib. 1. c. 3.

§ Hom. 3. de Virg. Mar.

¶ Lib. 4. de Fid. cap. 15.

noldo Carnotense dice,* que los dolores, las ansias y clamores son usura y logro de los deleites: así los da el demonio, el mundo y la carne: no los da de balde, sino á logro: y cualquiera que los admitiere, ha de pagar la ganancia, ó en esta vida ó en la otra. ¡Mira qué tanta es la locura de los malos, que por un breve y momentáneo deleite se obligan á un censo perpetuo de la perpetua pena, infamia y dolor! ¡O cuántos echan sobre sus almas este censo, y cuántos las cargan de calidad, que jamas podrán acabar de pagar mientras Dios fuere Dios! Este censo habia echado sobre sí el mundo, confirmándolo con escritura que tenia hecha al príncipe de las tinieblas, y por ella cobraba el tributo Sathanas, llevándose innumerables almas, que no tenían caudal para pagar, á las cárceles eternas. Vino el Señor al mundo, y conociendo el contrato por usurero y maldito, quitóle la escritura del contrato al príncipe del mundo, y la borró con su sangre, y clavóla consigo en la cruz, para que ya por ella no pudiese pedir á los hombres el logro que hasta allí habia usurpado.† ¡O lo que le costó el librar de tan maldita sujeción y de tan infame tributo á los hombres! ¡Qué amargos fueron para su divina Magestad nuestros deleites! ¡Mas ¡ó ceguedad humana! con todo eso vuelve el demonio á entablar su trato: ofrece deleites con el antiguo logro de los dolores y penas con doblada ganancia; por lo cual sin comparación, es mayor el infierno de los cristianos, que el de los paganos: y con todo, cuando debíamos recurrir á la cruz por nuestra libertad, y de ella sacar por la mortificación nuestros fueros, cada día nos cargamos de tributo, recibiendo el deleite, y obligándonos á la paga, haciendo nuevas escrituras contra nosotros mismos.

124. Considera mas en este divino parto la pureza del Niño Dios nacido, sobre aquellas palabras de Isaías, que compara al Niño recién nacido á la cándida blanca azucena, que florece de la vara, símbolo de la pureza, que saca del vientre virginal su divino Hijo; de quien dijo la escritura,‡ que era la azucena de los valles, y la flor del campo. Nace puro, limpio, hermoso, lleno de fragancia, suavidad, y olor celestial y divino: no con las inmundicias asquerosas con que salen al mundo los hijos de Adán. Pues Señor y Dios de amor y pureza, si no habeis aborrecido, ni

* De Laud. Virg.

† Ad Colos. ii. 14.

‡ Cant. ii. 1.

excluido de vos las asquerosas salivas de los bebedores de vino* que escupian en vuestro divino semblante, y os dejasteis afean con ellas, sin volver á otra parte el rostro, como lo habiais dicho por vuestro profeta:† si os dejasteis cubrir y llenar de oprobios, bofetadas y azotes; y lo que mas es, si os habeis cargado de iniquidades, miserias y maldades, para pagar por ellas, y limpiarnos de todas; ¿cómo solas las del parto las habeis apartado de vos, y no habeis querido nacer con las inmundicias corporales con que nosotros nacemos? Pero ya responde San Zenon:‡ que si naciera con esas cosas impuras é inmundas con que nacen los demas, esas las habia de sacar del vientre purísimo y limpiísimo de su Madre; y como en esta gran Señora, ni átomo, ni asomo de inmundicia, ni corporal ni espiritual, ni natural, ni de ninguna manera pueda jamas hallarse ni imaginarse: por eso era forzoso que saliese puro y limpio de la limpia y pura: hermoso é inmaculado de la inmaculada y hermosa: oloroso, lleno de fragancia, suavidad y soberano olor, saliendo del paraíso animado de Dios, que es María santísima: de manera es, que aunque por sí el Señor no fuera, como es, la fuente de la hermosura temporal y eterna, solo por salir del gremio de María soberana, habia de salir puro de todas maneras. ¡O dichosa el alma que vive y mora á la sombra de esta gran Reyna, que no puede ménos de causarle é infundirle pensamientos y deseos puros, limpios y santos.

125. Considera cómo nuestra Reyna recibió á su Hijo santísimo en sus brazos, como dice San Buenaventura,§ y lo llevó y bañó todo el cuerpecito con el licor milagroso y soberana leche de sus santísimos pechos, con inmenso gozo y regocijo de su alma, y hecho esto, sacó los pañales que traía, y le envolvió y fajó en ellos; los cuales, como dice Santa Brígida,|| aunque limpiísimos y muy aseados, eran pobrísimos, de lana y de lienzo: no de oro, seda, púrpura ni biso, porque eso se queda para los reyes terrenos, amadores de la tierra y cosas mundanas, no para el Rey celestial, que viene á enseñar el desprecio del mundo y sus vanidades. Hecho esto, conociendo nuestra Reyna que aquella era la voluntad de su divino Hijo, lo reclinó sobre unas pobres pajas en el pesebre entre los dos animales. Y como dice Santa Brígida,

* Psalm lxxviii.
§ Ubi sup.† Isai. l. 6. & liii.
|| Lib. 7. ubi sup.

‡ Serm. 2. de Nativ.

se descalzó la soberana Señora, acordándose de Moyses, que hizo lo mismo por mandado de Dios, para pisar la tierra santa del monte Oreb; y descalza, se postró de rodillas, y con profundísima reverencia le adoró en el pesebre. Levanta tú ahora el vuelo, alma devota, y no pares hasta llegar á aquella santa gruta, y desnuda de todas las cosas terrenas, y de los defectos desordenados de tu corazón, entra considerando y contemplando con grande devoción todo lo que allí pasa.

126. Considera al divino Infante ya en los brazos de su benditísima Madre, y ya en el pesebre. Contempla á Dios Eterno en un Infante tierno, al león de Judá en un manso cordero, al gigante de la eternidad en un pequeño Niño, á la omnipotencia y grandeza inmensa de Dios, encerrada en un cuerpecito de carne terrena y mortal. Mira al sustento vivo de los ángeles, que tiene hambre; á la fortaleza infinita, que tiembla de frío; á la palabra eterna, que no habla; á la alegría, que llora; y al que sustenta con su mano al orbe, sustentado de las manos de una criatura. Mira al que llena de hermosura los campos, al que hermosea los cielos, y al que viste al sol de luz y claridad, vestido de pobres y humildes paños. Mira aquel fortísimo Sansón en los brazos de su Dálila querida, fajado y ligado de pies y manos. Mira al Rey eterno en su palacio, y contempla la fábrica, la compañía y real aparato: busca la familia, la púrpura, la corona, el trono y cetro real, y nada de eso hallarás. El palacio es una cueva de bestias; la cuna, un pesebre; el aparato y aliño, el de dos animales; la familia, una pobrísima y humildísima Virgen, un pobre anciano que le acompaña, un buey y un jumento: la púrpura, unas mantillas de lana: la corona, ni es de oro, ni de plata, sino la que le puso su benditísima Madre María Virgen de su purísima y santísima carne fabricada por el Espíritu Santo.

127. Considera cómo está tu Redentor en aquel pesebre, y no pienses que sucede acaso el que quiera el Señor reclinarse en él; que no fué sino disposición altísima del Señor (dijo Simón de Casia,) porque quiso la divina Magestad desde aquella hora enseñar al mundo con la obra lo que después había de enseñar con las palabras; y así, no consideres pesebre de bestias al en que está reclinado nuestro divino Jesús, sino cátedra de Dios humanado, desde donde enseña la pobreza voluntaria, la humildad, la aspereza corporal,

la paciencia, la obediencia, la caridad, el amor y todas las virtudes. Abraza el desabrigo y desamparo de la cueva, y reprueba las tapicerías, las alfombras, los doseles, los aparatos y comodidades mundanas, con el pesebre duro y las pajas. Reprueba la blandura, regalo y descanso de nuestras camas con su pobre ropa: reprueba nuestras galas, vanidades y soberbias con la compañía de los animales: reprueba las pompas, los acompañamientos, la ostentación y aplauso mundano con el frío que padece: reprueba la demasia de nuestro abrigo con las lágrimas que derrama: reprueba nuestra alegría con su tristeza: con el hambre nuestra gula; y con la falta de todo lo necesario nuestra avaricia. Mira bien aquella cueva, y no hallarás en ella cosa alguna de cuantas son necesarias para pasar la vida: allí ni dineros, ni pan, ni carne, ni despensa, ni mesa, ni bancos, ni sillas, ni ropa, ni leña, ni fuego, ni agua, ni con qué traerla, ni con qué calentarla: cosa ninguna hallarás mas de un pesebre y unas pajas: ahí se encierra toda la prevención, todo el regalo y aparato con que el cielo prepara el parto de María soberana. ¿Quién á vista de esto se quejará de las adversidades? ¿Quién de la que llaman mala fortuna? ¿Quién se quejará de Dios, diciendo, que le trata con demasiado rigor, y que le da muchos trabajos? Ten presente en tu consideración á la Reyna de los ángeles María santísima, cansada de cuatro días de camino, hambrienta, helada de frío, pobrísima, y necesitada de todo; y dispone el Señor, que ni parientes ni conocidos la quieran recibir en sus casas: se halla obligada á irse á una cueva de bestias, y esto no para una noche, sino para cuarenta días, y en lo mas riguroso y áspero del invierno.

128. Considera cómo la primera diligencia que hizo nuestra Señora, así que puso al Niño en el pesebre, fué hincarse de rodillas, y adorarle con suma reverencia: lo mismo hizo el señor San Josef, y tambien hicieron lo mismo los dos animales, como siente Crisipo Jerosolimitano:* y así estuvo esta gran Reyna hasta que vinieron los pastores á adorar al Niño Dios. Piensa en todas estas cosas, que todas te darán materia de grande devoción, compasión y sentimiento: principalmente piensa, como dice Santa Brígida,† que quiso el Niño Dios ser reclinado en el pesebre ántes que su Madre le diese

* Serm. de. S. M.

† Lib. 7. ubi sup.

el pecho; y María santísima le adoró primero como Dios, ántes que hiciese con su divina Magestad el oficio de Madre. De donde has de sacar, que el Señor apenas nace, cuando te enseña que has de anteponer los trabajos al descanso, y la mortificacion y aspereza de tu carne al alivio. * ¿Quién duda que descansaría mejor en los brazos de su Madre, que en el pesebre? En ellos tenia descanso, abrigo, y alimento en el dulcísimo y suavísimo licor de sus santísimos pechos: en el pesebre duro tenia aspereza, frio y hambre; y primero se abraza con estos trabajos, que con aquellos regalos, para enseñarnos á que degemos para lo último el descanso, alivio y regalo, y nos abracemos á su egeplo con las penurias, asperezas y trabajos, no nos suceda lo que á Jonatas.*

129. Considera tambien que lo que has de sacar de la accion de María santísima es, que primero le adora como á Dios, que le abraza como Madre: primero se humilla, y hace con el Señor oficio de sierva, que pase de Madre á las ternuras. Primero te has de humillar, y hacer oficio de esclavo con el Señor, sirviéndole por el egercicio de la oracion, mortificacion y virtudes, que pases á las ternuras y caricias de amor: no seas como los molinistas, que quieren pasar á la union sin haberse desbastado por la mortificacion. Todos somos pecadores, y habemos ofendido al Señor en muchas cosas, como dice Santiago: † aplaquémosle pues ántes de llegar á los brazos cariñosos. Piensa en la cama de nuestra Señora, y en el colchon, y mira si has visto ú oido á algunas de las madres que han parido en el mundo con tanto desamparo la noche del parto; y con todo, aun ese tan corto descanso no le quiere la santísima Reyna, porque ve á su divino Niño en la dureza y desamparo de un pesebre. Pon, cristiano, delante de los ojos de tu alma aquella pobreza, aspereza y desamparo, y arrojarás de ti todo descanso y regalo.

130. Considera en los dos animales, que como dice San Buenaventura, † conocieron por instinto natural á su Criador, é hincados de rodillas, le adoraron á su modo: y porque no tenian lengua que formase alabanzas, con gemidos y bramidos le alabaron, dice Justino Solono, § y como que entendian el frio y desabrigo que padecia el Señor, aplicando las

* Gustans gustavi favum mellis: & ecce morior. i. Reg. 14.
† Jac. iii. 22. ‡ Ibid. § Mich. iii. 30.

bocas, calentaban al Niño con sus alientos, verificándose en esto mas á la letra lo que habia dicho Isaías: * el buey conoció á su dueño, y el pesebre de su Señor el jumento; mas mi pueblo no me conoció. Se ve claro, porque los de su pueblo le cerraron las puertas, y le negaron el hospedage y la entrada; y los brutos le reciben en su cueva, le ofrecen el pesebre, le reverencian y veneran, le alaban y le sirven con el aliento de sus corazones. Esto hacen los brutos en obsequio de su Criador; y el hombre, mas bruto que los brutos, le cierra las puertas del alma, le desvia de su corazon, le niega las alabanzas, fáltale á la reverencia y atencion, y le ofende ingratemente. † Dióle el demonio á un hombre una cruel bofetada porque no se arrodillaba al oír aquellas palabras del Credo: *et incarnatus est*, y le dijo: ¡ó ingrato y malvado! ¿Cómo tratas así á tu Dios, á quien tanto le debes? Si á nosotros los demonios nos hubiera hecho este beneficio el Altísimo, todas las horas y momentos postrados delante de su acatamiento le amáramos y le serviéramos.

131. Considera ahora con el santo evangelio las palabras con que nos explica este misterio. Dice lo primero: cumpliéronse los dias del parto de María; y hablando del parto de Santa Isabel, dice: cumpliése el tiempo; para que conozcas, que hasta en el modo de hablar quiere el Espíritu Santo dar á entender lo admirable de este parto: el tiempo explica noches y dias; mas los dias no explican noches, sino claridad y luz, para que entendamos que en este divino parto todo fué luz, todo hermosura, y todo claridad; y que naciendo el Señor de María santísima, nace la luz, nace la hermosura y la claridad de las almas y de todo el mundo. Y así lo explicó Isaías, ‡ diciendo: el pueblo que andaba en tinieblas vió una grande luz, la cual nació para alumbrar á los que habitaban en tinieblas y sombras de muerte. Y San Pablo, hablando de la venida del Señor al mundo, dice: la noche pasó, nació la luz, y llegó el dia: § apartemos pues de nosotros las obras de las tinieblas, y armémonos de la luz, y andemos honestamente en el dia. Mas dice San Juan, || que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz; y da la razon de esto, diciendo, que sus obras eran

* Isai. xxiii.
† Isai. ix. 12.

‡ Mart. Novæ Miscel. de Orat. i.
§ Ad Rom. xxiii. 12. || Joan. iii. 19.

malas. ¡O cuántos de estos amantes de las tinieblas, y despreciadores de la luz, andan hoy por el mundo; y no solo por el mundo, sino por la santa iglesia católica! verificándose de ellos lo que Job dijo de los réprobos: * caerán de día en las tinieblas, y como si estuvieran de noche, así andarán palpando al medio día: que es lo mismo que decir, que estando con la luz de la gracia, caerán en culpas y pecados; y estas, como tinieblas, cegarán sus almas; y ciegos, no atinarán con el camino, y en medio de la luz de la fé y de los sacramentos, andarán palpando las paredes; aman las culpas que son las tinieblas que dijo San Juan, y no las quieren dejar; y así andan palpando como ciegos al medio día; y estando en medio de la luz de la santa iglesia, viven en ella como si estuvieran fuera de ella: viven con tanta ceguedad, como si para ellos no hubiera nacido la luz ni el día. Levántate, pues, pecador, de esa cama tenebrosa de vicios: apártate de los muertos: llégate á Cristo, y te iluminará, dice San Pablo. † Llégate con el afecto y devoción: abre los ojos del alma á la consideración de este divino misterio; que si vuelve la noche temporal en día claro, también desterrará de tu alma las tinieblas que te ciegan, y te armarás con las armas de la luz, que es Cristo, esto es, con sus divinas virtudes, y ejemplos de su santísima vida, pasión y muerte, y con ellas armado, no volverás á incurrir en los horrores de la noche de donde has salido. Así te lo dice David: ‡ con su escudo te cercará la verdad del Padre, y no temerás el miedo de la noche, ni las tentaciones del día, que como saetas vuelan en el día; ni de las ilusiones y engaños del demonio meridiano, que siendo de tinieblas, se figura ángel de luz para engañarnos. § Coge estas armas con las divinas virtudes: toma el escudo de su humildad santísima: ponlo en el brazo siniestro, que cubra el corazón con las adversidades de esta vida, || y vivirás seguro; porque á millares postrarás tus enemigos.

132. Considera en las otras palabras: cumplidos los días de su parto, parió á su Hijo primogénito: en donde has de ponderar, como dice el venerable Beda, ¶ que aunque María santísima solo parió un hijo, Jesucristo nuestro Salvador, y por esa razón no se había de decir primogénito, sino unigénito; mas con todo quiso el Señor ser primogénito de mu-

* Job v. 14.
§ Ps. cxlii. 2.

† Ad Eph. v. 14.
|| Cant. iii. 6.

‡ Ps. xc.
¶ Homil. i. in Luc.

chos hermanos, como lo dijo San Pablo; * y para eso le adoptó á María santísima todos los predestinados para la gloria, haciéndola de todos Madre adoptiva, y así viene el Señor á ser primogénito entre todos los que se han de salvar. Con que ya, según esta verdad, es tanta la dicha de los hombres, que vienen á tomar por padre á Dios, † por madre á María santísima, y por hermano á Jesucristo, Salvador del mundo. Abramos pues los ojos á la divina ley, que nos manda amar y honrar al padre y á la madre: y según esto, ¿quién ya se tendrá por desobligado de alabarla venerarla y adorarla, cuando por ley divina y humana se halla compelido? Atendamos también á nuestro hermano y Salvador, de quien dice el evangelista, ‡ que estaba sujeto á su Madre, y la servía. Atendamos á las honras que le hizo, ensalzándola y levantándola sobre toda pura criatura á su diestra, y haciéndola alabar y adorar de todos los grandes de su reyno y corte como Reyna y Señora de todos. No degeneremos de lo que somos por la divina misericordia: imitemos á aquel, que siendo Dios de infinita grandeza, se quiso hacer nuestro hermano, para que de él, como de primogénito y mayor, tomemos ejemplo.

133. Considera cómo así que nace el Señor, su santísima Madre nuestra Señora le envuelve en pañales, le ata con una faja; y permite el Señor dejarse fajar y atar de pies y manos, dijo San Zenon, § que es lo mismo que dejarse aprisionar, porque viene como deudor á pagar todas las humanas deudas; y apenas parece, cuando le ponen en prisiones: y primero ántes de esto, le envuelve y le faja nuestra Señora; porque el Señor quiso desde luego ser ligado y aprisionado por dos razones. La primera de San Ambrosio, que dice, || que en aquellas fajas estaban significadas las ligaduras y prisiones con que estaban atados y presos los hijos de Adán, como reos condenados á la muerte: y apenas viene el Señor, cuando poniéndose en lugar del reo, que era el hombre, se deja atar y aprisionar, quedándose por él cautivo y en prisión para morir, porque el hombre salga libre, así de las prisiones, como de la muerte; pero es tal el hombre, que no se halla fuera de esa cárcel, y libre una vez, vuelve á hacer tales cosas, que le vuelven á prender y á encerrar. ¡O

* Rom. iv. 8. 29.
§ Serm. 3. de Nativ.

† Deut. xv. 16.
|| In Luc.

‡ Luc. ii. 51.